

Mario Montalbetti y Ralph Bauer

Vietnam

Lima, Edición de autor, 2014

Jhonny J. Pacheco



No hay duda de que Mario Montalbetti es uno de los poetas referentes de la lírica contemporánea en nuestro país. Su poética es esencial, pues se dirige hacia el núcleo mismo de la poesía: el lenguaje. No existe realidad, persona, animal o cosa que no haya pasado por el filtro de las palabras, los significados, la semántica y, principalmente, el sentido. No es extraño, con estas armas lingüísticas, que Montalbetti se haya convertido en un poeta insular del lenguaje, pues su escritura radica en jugar o revertir los significantes, no en lo formal, sino en lo sintagmático, es decir, en la creación misma. Ejemplo de lo dicho son sus libros *Fin desierto* (1995), *8 cuartetos contra el caballo de paso* (2008) y *El lenguaje es un revolver para dos* (2008); así también, su monumental ensayo, no por la extensión sino por la experimentación de abordaje sobre el tema de la significación, tanto temática como escrituralmente, *Cajas* (2012). Entonces, con ese camino transitado hasta el momento, su nuevo poemario *Vietnam* (2014) sigue la resultante trazada en su obra.

Vietnam es un libro compuesto por puro lenguaje: visual y lingüístico. En la primera sección de este texto, encontramos 38 fotografías de Ralph Bauer, que nos muestran una serie de hechos cotidianos de personas en restaurantes, madres con hijos, grupo de amigos, rostros de mujeres, entre otras imágenes, en conjunto con la vista de muchos paisajes, todos a blanco y negro; en la segunda sección, en cambio, hallamos el despliegue de los versos en los que transita el tema de la fugacidad y el retorno del significado; el rito de los significantes como acto sagrado y repetitivo del desgaste sintagmático; la poesía como herramienta de la verdadera técnica e inspiración: la significación; y los múltiples caminos que no se hacen al andar, sino al fonetizar y repujar la escritura sobre lo que ya está delinado, el sema, pero que sentimos después de la imposición de la grafía: «El único homenaje del lenguaje a este mundo / es llorar a destiempo» (p. 10). Con esta bipartición del libro, Montalbetti nos está diciendo que todo es imagen, un acto lingüístico: «En verdad, no hay / muchas imágenes. / Quiero decir: / a lo largo de una vida / hay muchas imágenes / pero finalmente / hay unas pocas» (p. 3).

Ahora bien, si uno ejerce la lectura del texto de forma lineal, tal vez no encuentre la relación intrínseca, parsimoniosa, de lo visual y lo escrito; empero, si lo leemos a la manera de un poema y una imagen al lado, recién hallamos un sentido de las posibles interpretaciones que pueden desprenderse. Con esto, la disposición de fotografía y texto hace que el libro se abra a una lectura en la que se retroalimentan los dos lenguajes o se yuxtapongan, o se describan mutuamente, o se asocie libremente la cadena acústico-visual de la percepción, así como del significado, o se denote la asfixia de la palabra y el significado por intentar liberarse del encorsetamiento de lo escrito; por ello, las repeticiones, el sentido circular de su poesía. Así, el poeta nos expresa el aspecto lúdico de su creación, pues la impronta lingüística macula, sella, elabora, y (des)cubre que la lírica es per se un ejercicio *ad finitum* del ser, o sea, la nada, lo vacío, que da vueltas sobre sí para revelar que el mundo es un cúmulo de residuos verbales que aparentan construir un referente en constante muda, aunque siempre el mismo, como nos recuerda Heráclito: «En los mismos ríos entramos y no entramos, [pues] somos y no somos [los mismos]», y que Montalbetti recoge sutilmente en varios pasajes de su libro: «Qué distinto / estar frente a un mar / que estar frente a un río, / leer a Melville / de leer a Heráclito. / Pienso en ríos que no se atraviesan, parece» (p. 5).

Siguiendo la idea anterior, notamos como el poeta no solo denota los nombres de Melville (mar) y Heráclito (río), sino que los connota en su preferencia poética de la filosofía en vez de la literatura, es decir, que la metáfora viene desde las ideas, el pensamiento, y no de lo empírico, lo épico. Así, Montalbetti nos regresa a los orígenes, a Parménides y Hesíodo, donde la filosofía y la poesía se conjugaban en un discurso unitario, en el que no se podía discernir alguna, pues ambas traducían el origen del todo, del caos, de la nada. Así, sus versos intentan hermanar dichas artes ahora distintas y dispares; por ende, el quehacer literario no lo hace escritor, sino que para él, esta acción re-creadora, lo embarca hacia otro horizonte: «Escribo para contener / mi distancia con lo humano. Escribo para no estar solo / *para no ser poeta*» (p. 19, énfasis nuestro). Escribir versos no hace poeta a una persona, sino sentir, razonar, y descolocar el pensamiento, la metaforización, el sentido único, el UNO, el ser, el lenguaje.

Otro aspecto del libro de Montalbetti es la desmitificación de la tradición respecto a la concepción que se tiene del mar y la muerte, como lo expresó Jorge Manrique: «Nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la mar, / que es el morir». Efectivamente, en los versos del autor de *Apolo cupisnique* el río fluye, pero solo en la mente: «El río es el único antagonista. / El río fluye. / Se lleva las cosas. / Todo está dentro de mi mente» (p. 18). El significante fluvial no es armonioso ni pasivo, sino violento, activo y

destructor: «el río / arrastra cosas, no hace tuyas, / no se acerca a nada, tiene sentido» (p. 5). El río no es vida, sino una cadena de significantes que lleva elementos y se posiciona en la lengua, pero que no se compromete ni se aquilata ante una palabra, pues el significado es variable según el contexto, el tiempo, la ideología, la conveniencia, la creencia, etc.; por lo tanto, al no situarse ante nada es donde obtiene su verdadero sema. ¿Y el mar? No se muestra al mar en una actitud pasiva, aunque peligrosa, esperando las vidas-ríos como antaño, sino que se le grafica activo, pero en vaivén inútil, como un recipiente de los desechos llevados por el río-lenguaje: «El mar se acerca. Luego retrocede. / Se acerca y retrocede. / ¿De qué se trata este movimiento? / Hace tuyos los cuerpos. / Se apropia de todo, acumula. / El mar se agita inútilmente» (p. 5). El mar es un contenedor, una lengua que hace tuya las palabras significadas, pero que es inútil en su accionar, pues no produce significados. No hay poesía en lo vasto (el mar, Melville, la prosa, lo épico, lo literario) sino en lo mínimo (el verso, Heráclito, lo fragmentario, lo poético y filosófico): «No hay nada innecesario en un río; / es mínimo» (p. 5).

Por lo expuesto, podemos decir que Mario Montalbetti, en *Vietnam*, ha logrado conjugar imagen y escritura, filosofía y poesía, lenguaje y significado, modernidad y tradición, que hacen de este pequeño libro un indicativo que su escritura no tiene límites, como el mismo lenguaje siempre huidizo, esquivo, lúdico, ante lo literario, lo poético, la escritura.